

CHALET DEL CAMPO DE TIRO DE LA MORALEJA MADRID

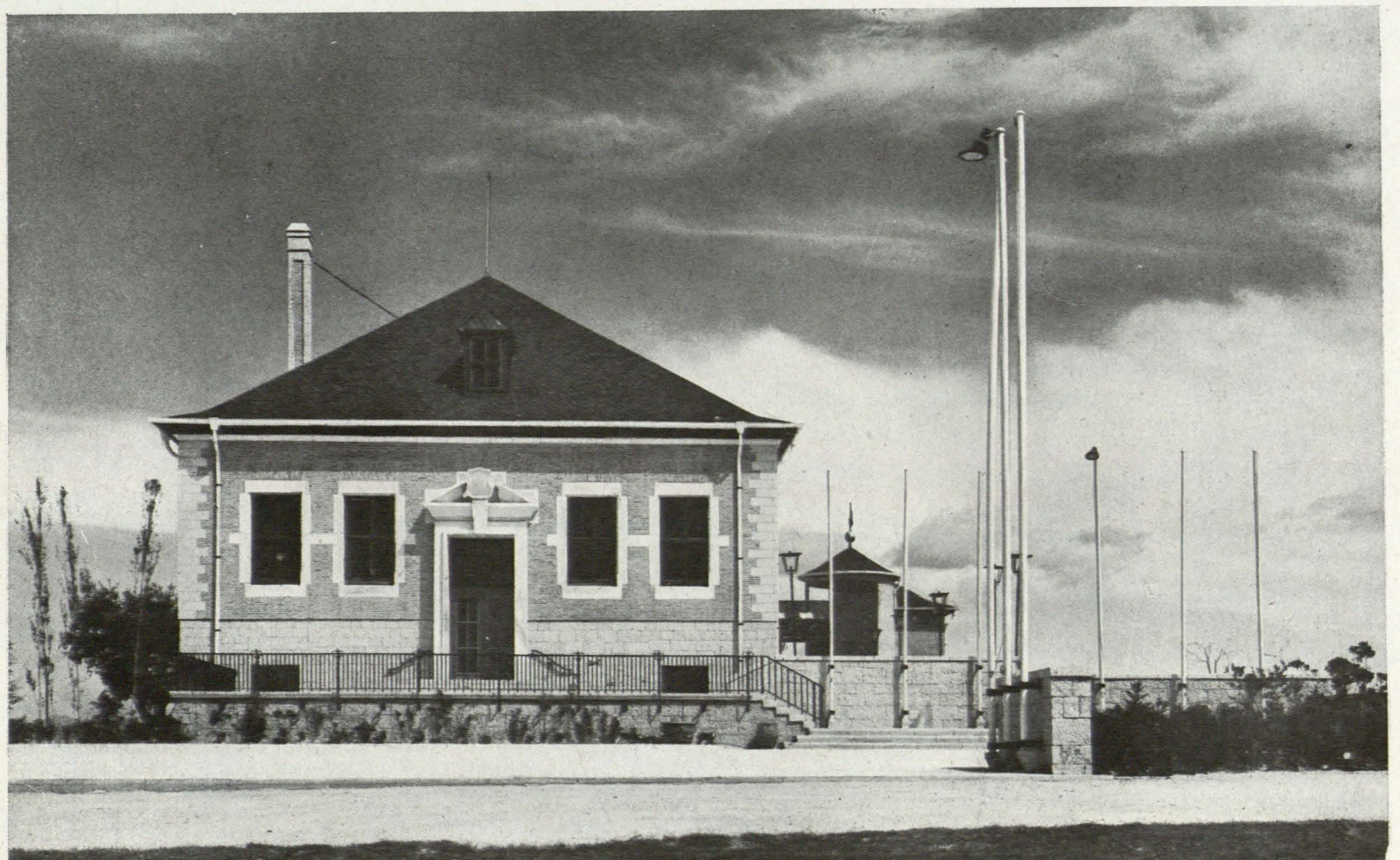
Por FERNANDO MORENO BARBERA, Arquitecto

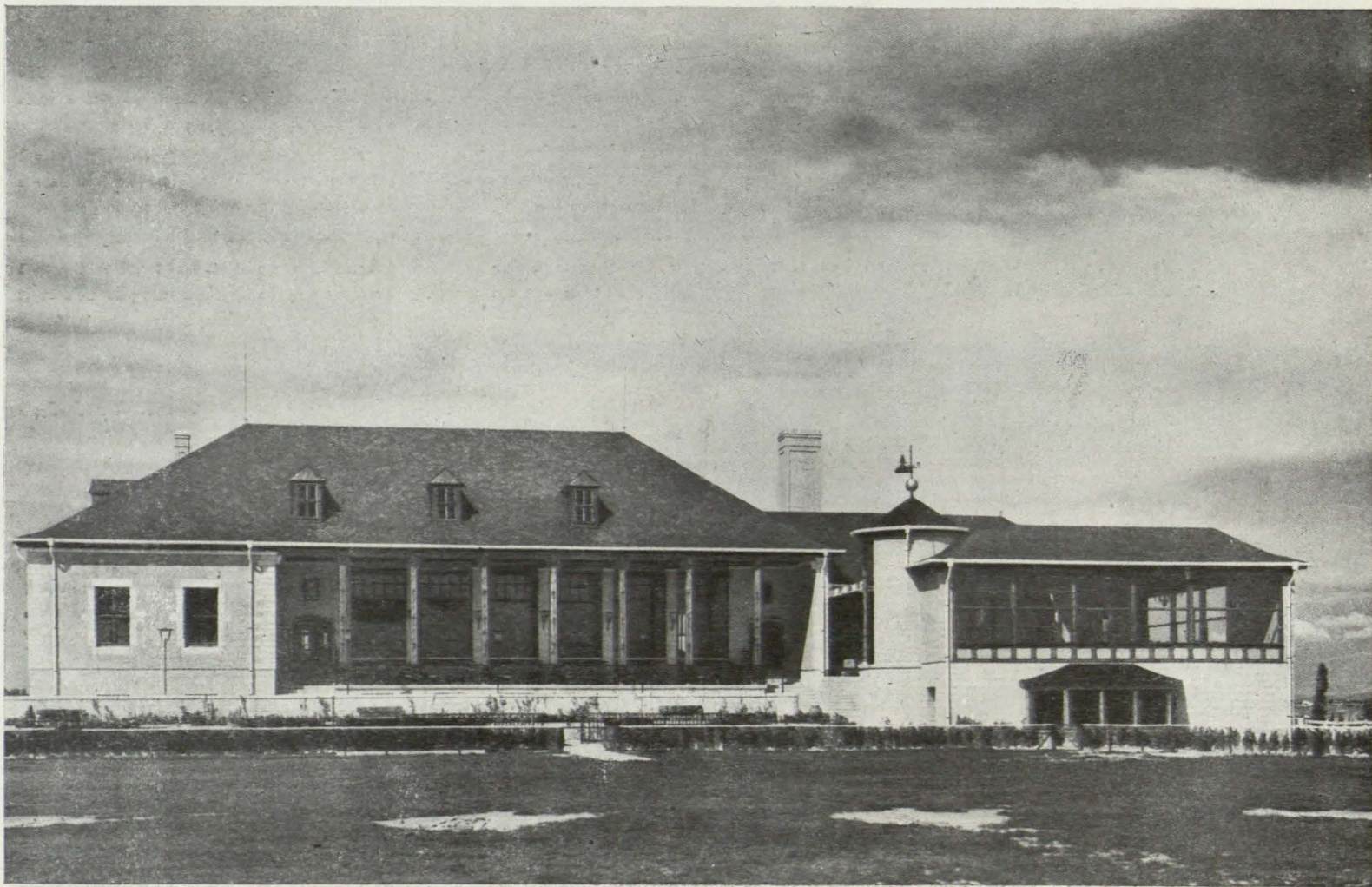
La edificación, desde el principio de la Humanidad, es una necesidad primaria, para satisfacer la cual surge la *construcción* (de *Cum* y *Struo*: amontonar materiales unos con otros), que, como su nombre indica, consiste en disponer la manera de mantener juntos los materiales. Es evidente, pues, que está condicionada, ante todo, por la naturaleza de éstos. Por tanto, cualquier construcción es, en primer lugar, satisfacción de una *necesidad*, y en segundo lugar, solución de un *problema*.

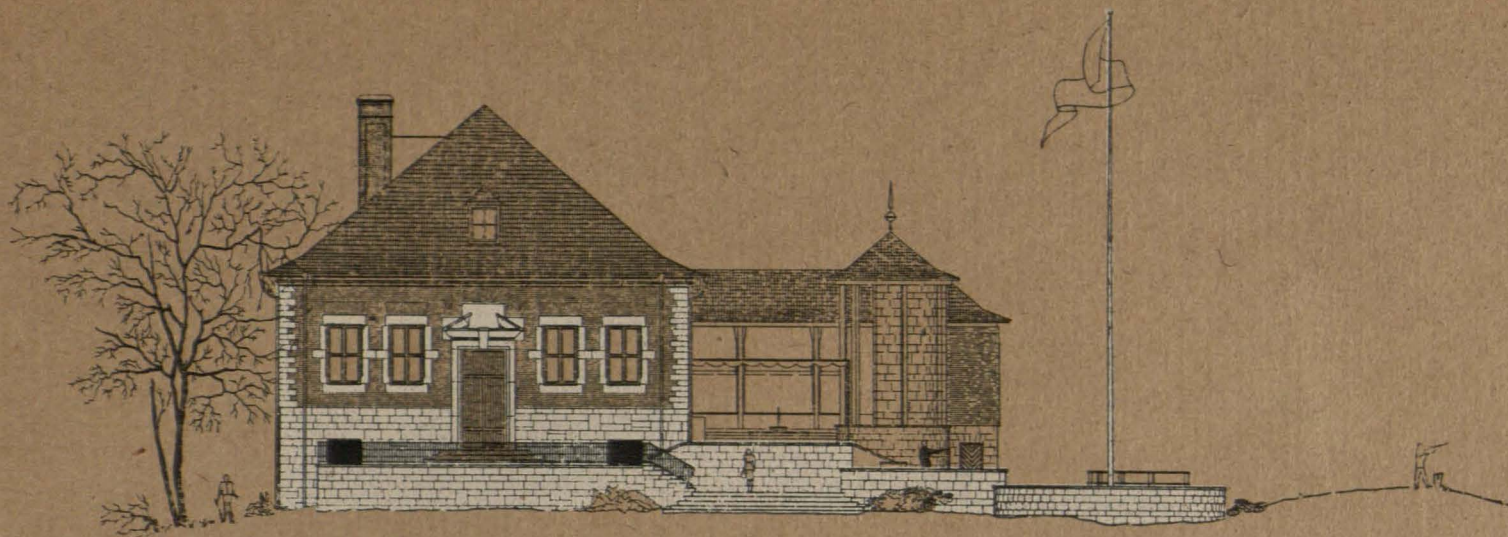
Cuando la necesidad estaba cubierta y el problema resuelto, las piedras agrupadas formando muros, las vigas y bóvedas cubriendo los espacios, surgió la consciencia de una cosa superior, y se intentó *dar forma* a la construcción; entonces aparece la *Arquitectura*, que surgida para satisfacer una necesidad, se eleva a algo más que a la pura satisfacción de la misma. Por esto, en todas las culturas surge forzosamente la Arquitectura antes que las otras artes, porque es una necesidad.

De esta forma, condicionados por los materiales, empapados por el espíritu de cada época y concebidos para superar la pura satisfacción de una necesidad, que era su razón de

ser, surgieron los edificios, desde el palafito hasta los de la mitad del siglo pasado, momento en que su evolución fue bruscamente interrumpida por el cambio producido por la *industrialización* en las condiciones económicas y sociales del mundo. Aparecieron nuevas necesidades que cubrir y nuevos problemas que resolver; la industria, el comercio, la banca y la flamante burguesía sustituyeron a los que hasta entonces habían sido los elementos dirigentes, y en este cambio se perdieron las leyes permanentes de la Arquitectura y los conceptos fundamentales de la buena construcción, olvidando con ellos una cultura arquitectónica que existía desde el principio de la Humanidad. Era preciso hacer algo nuevo; se estudiaba estética y se aplicaba lo mismo que una receta; las formas producidas en distintas épocas se pegaban indistintamente sobre los mismos muros: gótico, románico, árabe, renacimiento, egipcio, etc., se reproducían y mezclaban alegremente. Hasta esta época, el que construía una casa lo hacía mejor o peor, pero se notaba siempre que no trataba de hacer más que una casa, y en ella se reflejaba inevitablemente el espíritu de su morador, el tiempo y el lugar donde se hallaba.







Fachada E.

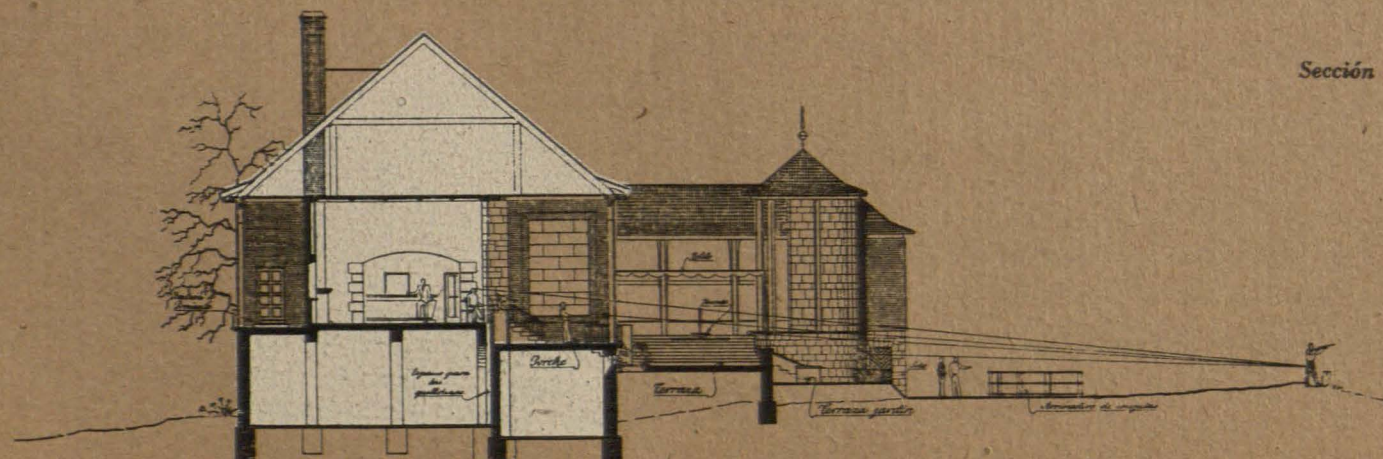
Desde ella, en cambio, la vacuidad espiritual, cuyas consecuencias sufrimos hoy, se manifiesta más claramente que en ningún otro hecho en nuestras ciudades, que forman un catálogo de los más absurdamente mezclados motivos de todos los tiempos y lugares. Imaginemos cómo hemos de valorar la mentalidad de quienes querían habitar una casa, como Wilfredo el Velloso, Ramses II, Don Juan Tenorio (¡ah del estilo «Renacimiento Español»!), etc. El veraneo de un Arquitecto bastaba para hacer surgir una colonia de hoteles de estilo vasco en Cádiz, imitando en yeso y cartón las formas obligadas de la construcción en madera y piedra.

El *modernismo*, que parece arremeter contra todo lo anterior, es otra receta estética más. Se llamó racionalismo a lo que no tiene nada de tal cosa, pues en el fondo era otra manifestación del romanticismo, que caprichosamente y sin lógica alguna, y con la alegría de quien dispone de un juguete nuevo, transplantaba medios constructivos y formas, que en un edificio industrial estaban en su sitio, a todas las demás cosas. Se anulaban las leyes de la pesantez, incluso las de la corporeidad, creando el ideal de una pared sin espesor, pero con todas las propiedades aislantes. Finalmente, al rechazar radicalmente todos los materiales que Dios en la Naturaleza proporciona, se alcanza la última etapa de esta degeneración. Para ser moderno sólo hacía falta tener a mano el último número de las revistas de Alemania, Finlandia o América, para encontrar en ellas lo que se llevaba al mes siguiente.

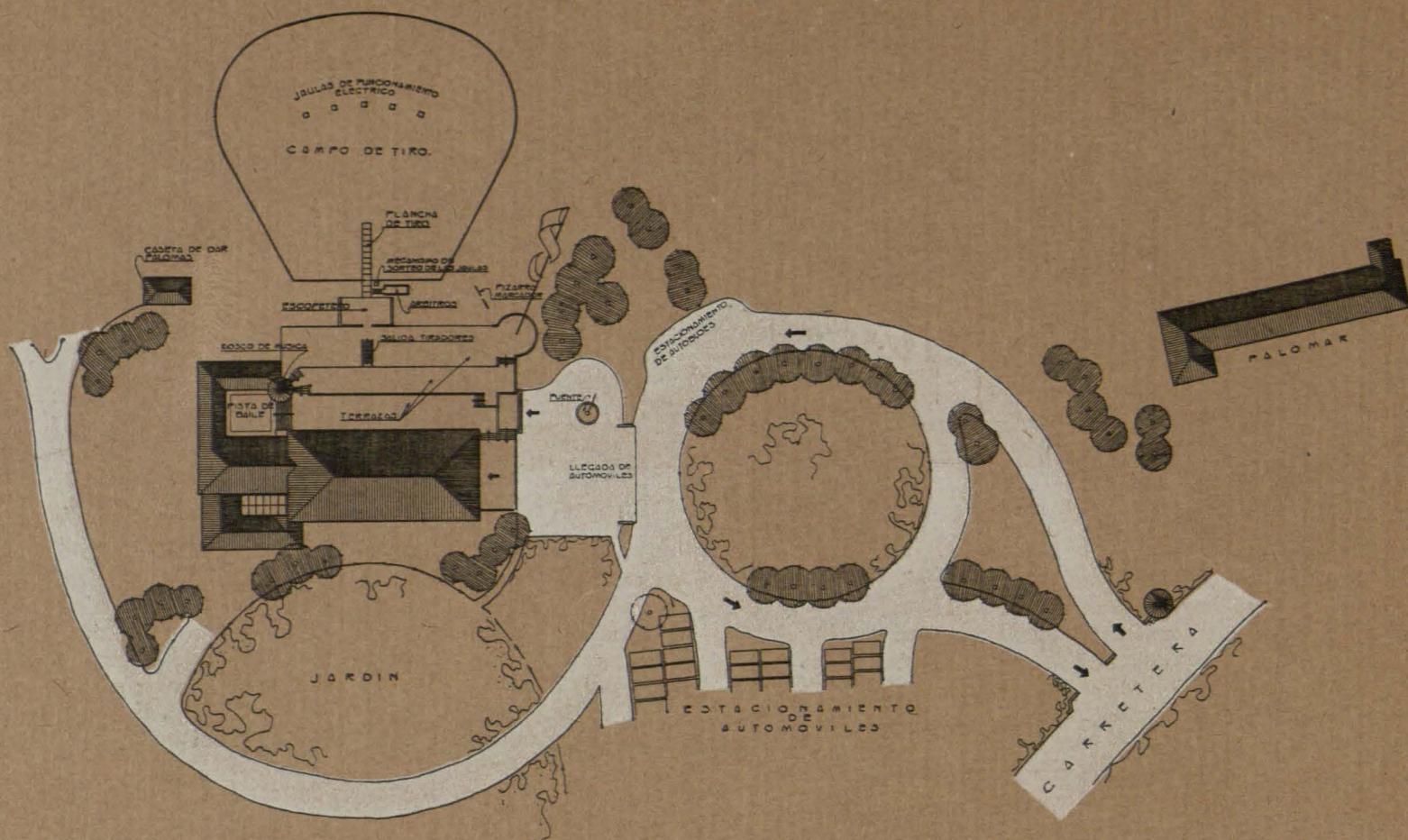
La evolución expuesta, con el abandono de la organización gremial, que de generación en generación transmitía el conocimiento del oficio artesano, para consagrarse al empleo

de máquinas, desvirtuando los materiales para utilizar productos industrializados, han sido las causas que han arruinado a nuestra Arquitectura, interrumpiendo su evolución. Hoy, por tanto, no podemos asirnos a nada que esté próximo a nosotros para continuar, sino que hemos de *empezar por el principio*. Es inútil querer buscar un nuevo estilo. Es inútil también designar un estilo afirmando que es el que mejor interpreta nuestros sentimientos; no sería más que un experimento sin trascendencia. Hemos de buscar la expresión de nuestro modo de ser, y para que ésta surja es necesario apoyarse en la construcción en su sentido primario, en el *buen uso de los materiales* de la Naturaleza y de los que la moderna técnica nos proporciona. Esto, que es *artesanía*, por sí solo no es arte, pero sin ello no hay arte posible; la arquitectura, por su naturaleza, por los elementos que maneja, es artesanía refinadísima y elevada hasta superarse a sí misma, y como artesanía es modesta, pero siempre bella por su claridad y por estar condicionada por los materiales; es siempre honrada, pues no hay material que parezca más de lo que es. Las obras surgidas de esta forma son una parte de la Naturaleza, y pertenecen a ella como un árbol, una roca o el polvo de los caminos. A través de todos los países y de todas las épocas, las obras de verdadera arquitectura responden a un solo principio: *el honrado empleo de los materiales que la Naturaleza suministra y las claras soluciones constructivas que aquéllos exigen*.

Partiendo de este principio, lo demás viene solo. Comportándonos honradamente llegaremos a un estilo propio, pues, queramos o no queramos, lo que construimos queda como testimonio innegable de nuestro modo de ser y de nuestro concepto de la vida. Si conscientemente tratamos de presentar un estilo determinado, será sólo señal de que no tenemos ninguno.



Sección transversal.



Planta de emplazamiento.

EMPLAZAMIENTO.—Los porches y terrazas, orientadas a Levante. El acceso se ha previsto para una circulación sin cruces. El estacionamiento, pasado el lugar de llegada y alejado lo más posible del campo de tiro. El palomar, para 6.000 palomas, ha sido colocado, por su parte más estrecha, hacia el pabellón principal, para no perturbar la masa de éste.

FACHADA A PONIENTE.—La composición de las fachadas se basa en ritmos alternados, verticales y horizontales, del conjunto y los detalles, y en el empleo de limpias soluciones constructivas.

La necesidad de ampliar los servicios para el Campeonato del Mundo de Tiro de Pichón requirió sustituir el patio y tapia que figuran en el plano por un cuerpo de edificio. (Véase el plano de emplazamiento.)

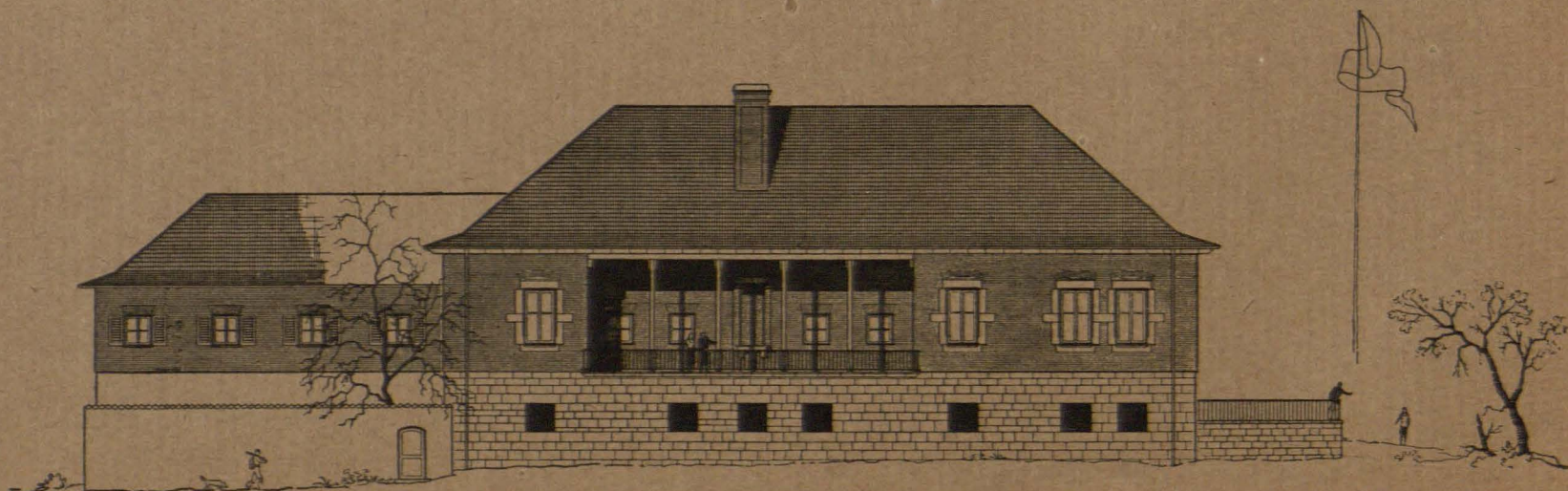
PLANTA.—Desde la llegada se puede entrar en el edificio o pasar directamente a las terrazas y porches escalonados que dominan la pista de tiro. Por el portal, desde el que se puede pasar a los servicios de aseo,

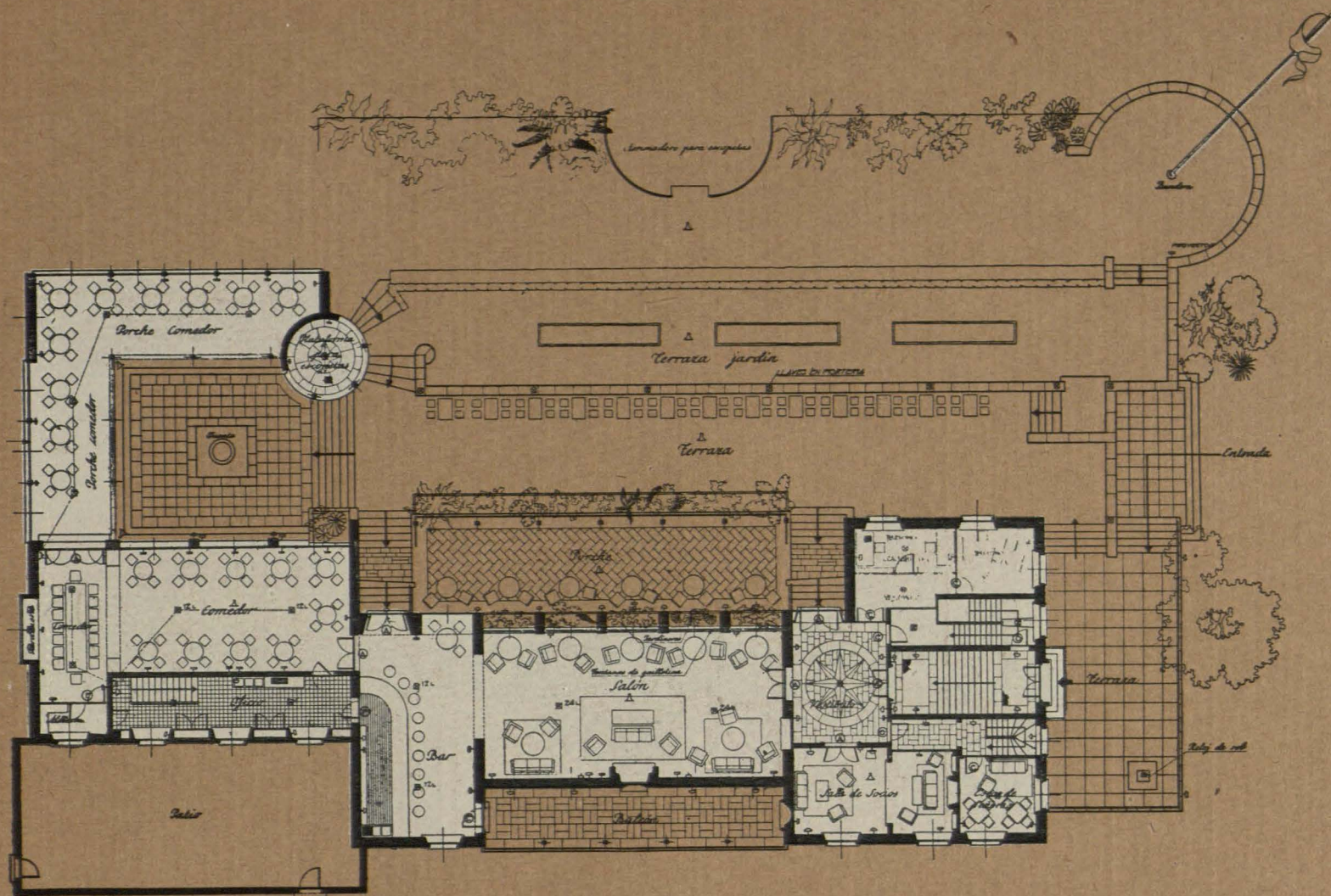
vestuarios escopeteros, etc., del sótano, sin recorrer el edificio, se accede a un vestíbulo que se utiliza como pieza de distribución para la oficina, el salón privado para socios, los vestuarios y el tocador y salón de señoras y como salida a las terrazas.

El núcleo de la composición lo forman el salón y el bar, provistos de ventanales de guillotina, de 5,00 m. de altura, que se ocultan bajo el suelo, y que, cuando están abiertos, unen estas dependencias con el exterior, convirtiéndolas en un porche más. El balcón orientado a Poniente está destinado a comer y tomar el sol en invierno.

Los locales antes citados se agrupan en un volumen compacto de edificio que forma la base de la composición. En oposición a este volumen, el comedor y sus porches forman un espacio que recoge, terminándolos, los sótanos de las terrazas. Este espacio, por cierto, protege las terrazas del viento fino del Norte.

Fachada a Poniente.





Planta.

La composición, efectuada libremente, se basa, para obtener su efecto, en los distintos ritmos de los espacios, longitudinales, transversales y cuadrados, dispuestos para que produzcan impresiones alternadas al recorrerlos, tanto interiormente, desde el portal hasta el comedor, como exteriormente, desde la terraza de entrada hasta la pista de baile.

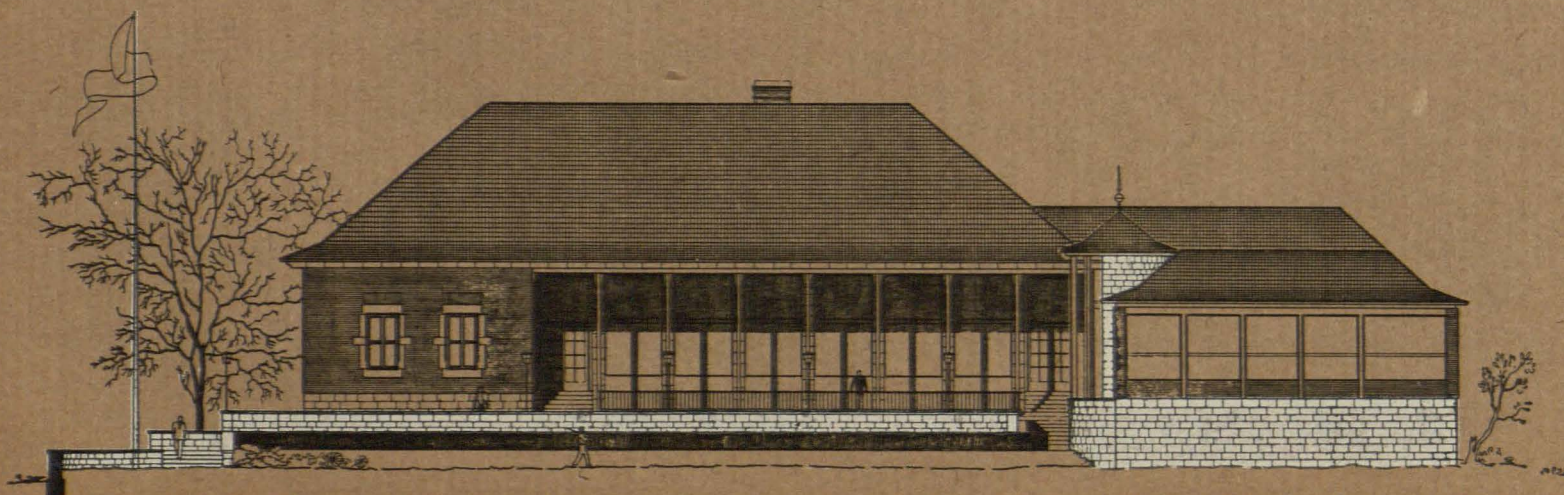
El pabellón de música y el círculo de la bandera rematan y equilibran las terrazas. La creación de numerosos porches y terrazas en distintas orientaciones enlaza el edificio con el campo, permitiendo la estancia

en todas las gradaciones intermedias entre éste y aquél, cosa fundamental en un clima tan variable como el de Madrid.

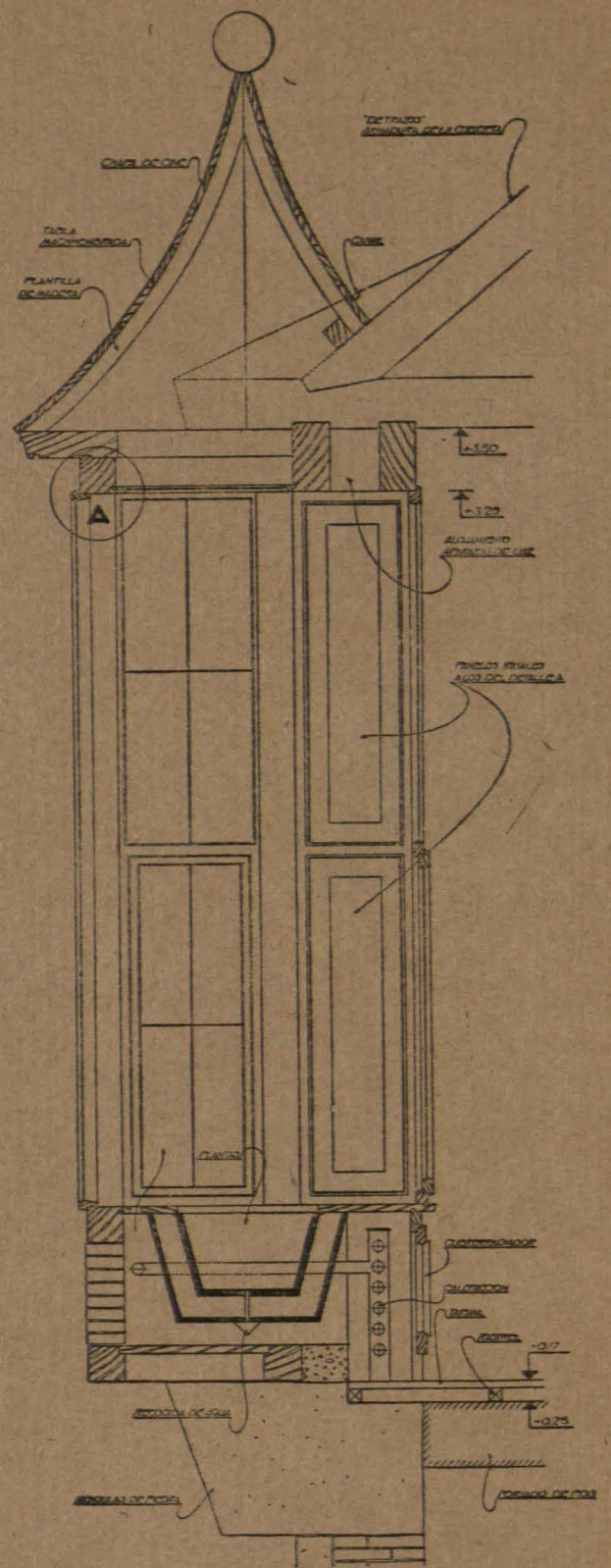
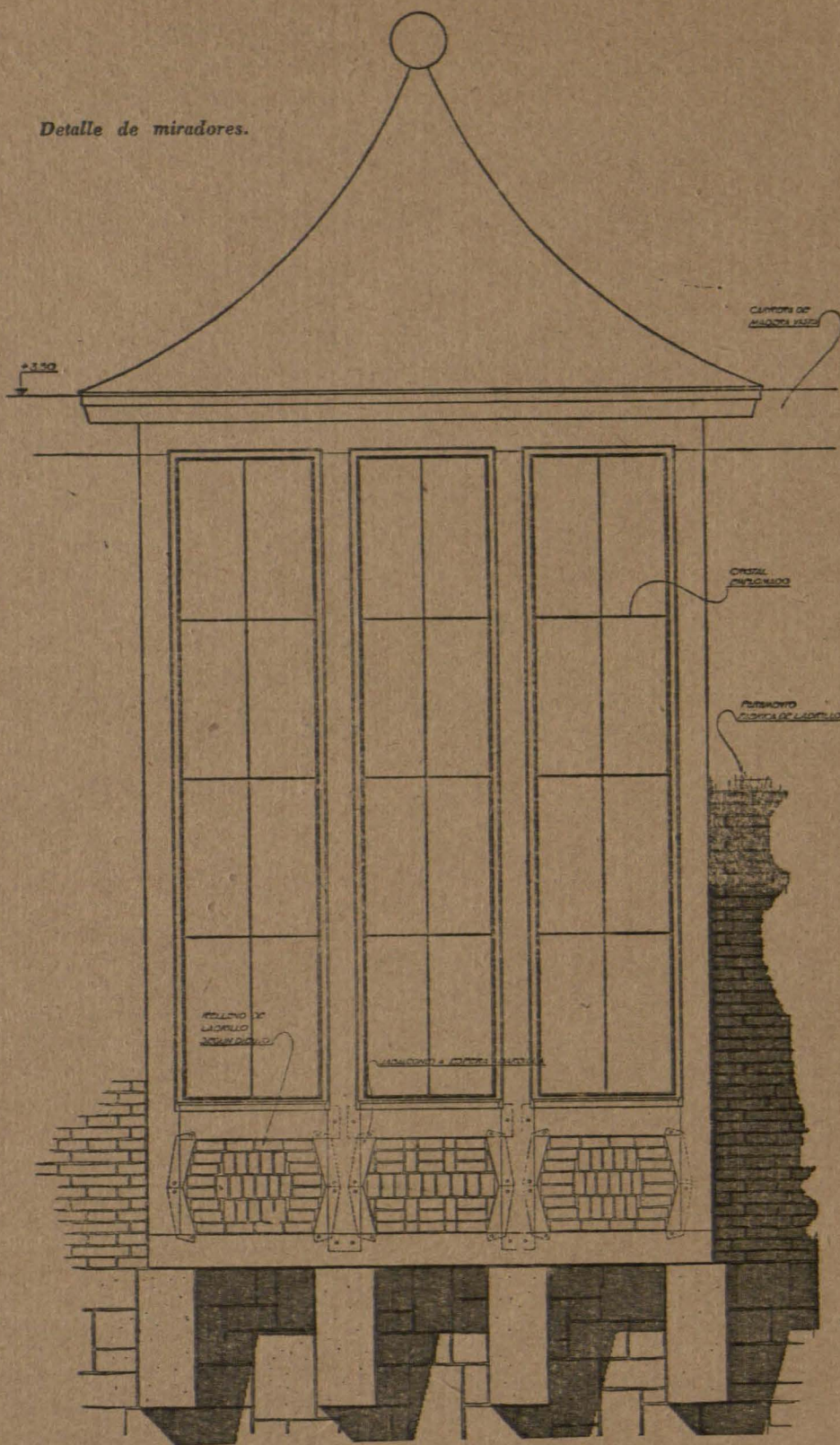
FACHADA AL CAMPO DE TIRO.—Se observan claramente los dos elementos básicos de la composición: el volumen principal y el espacio formado por los porches y comedores.

La altura del porche principal está dictada por la necesidad de iluminar suficientemente el salón principal, cuya pared de fondo se encuentra a 12 m. de la línea de fachada.

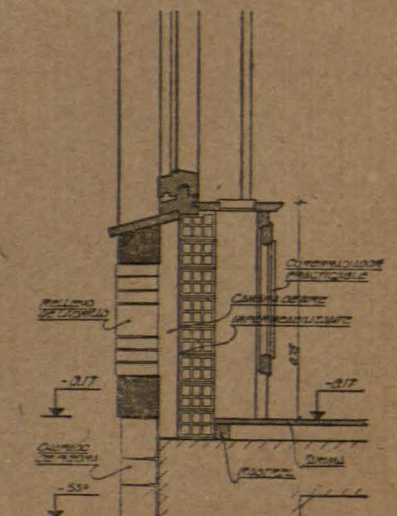
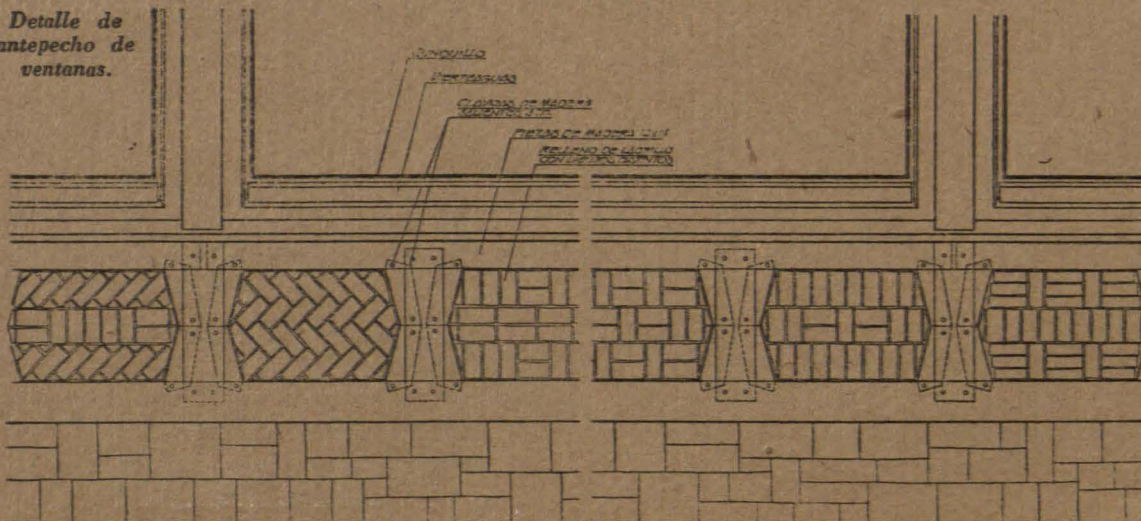
Fachada al campo de tiro.

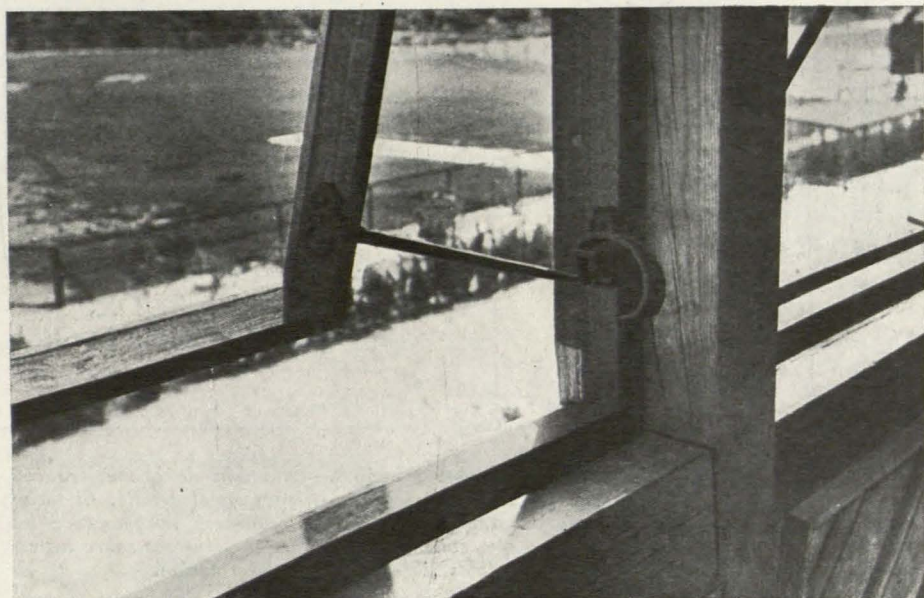
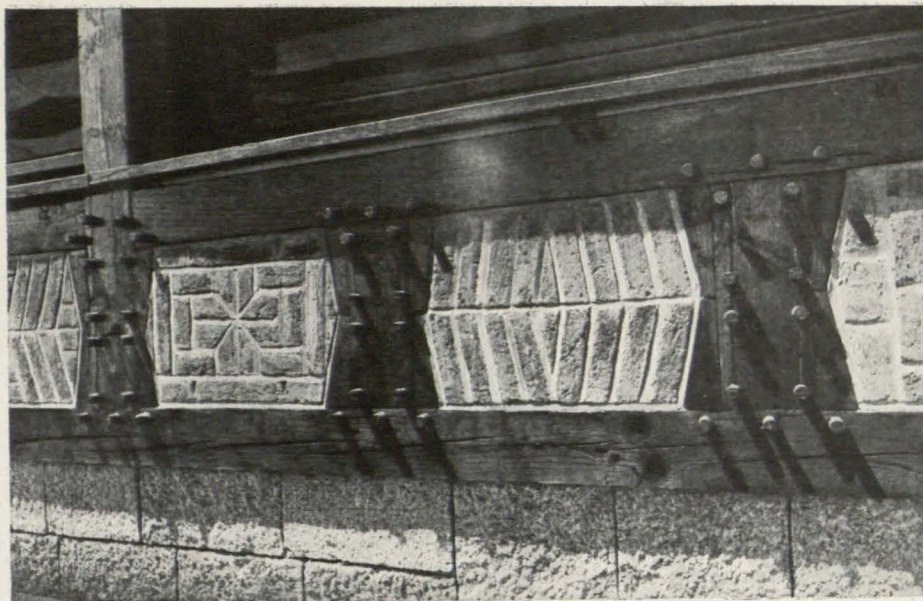
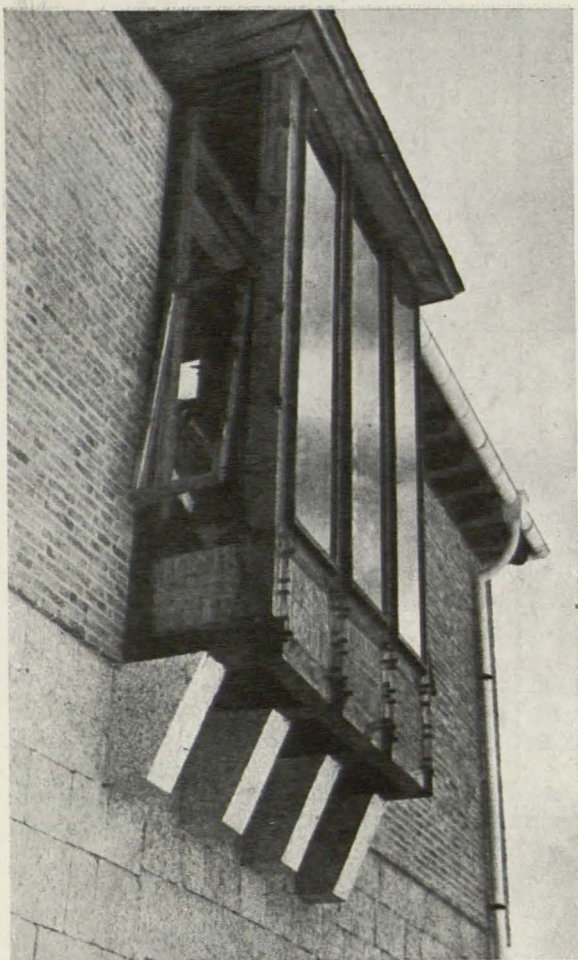


Detalle de miradores.



Detalle de antepecho de ventanas.





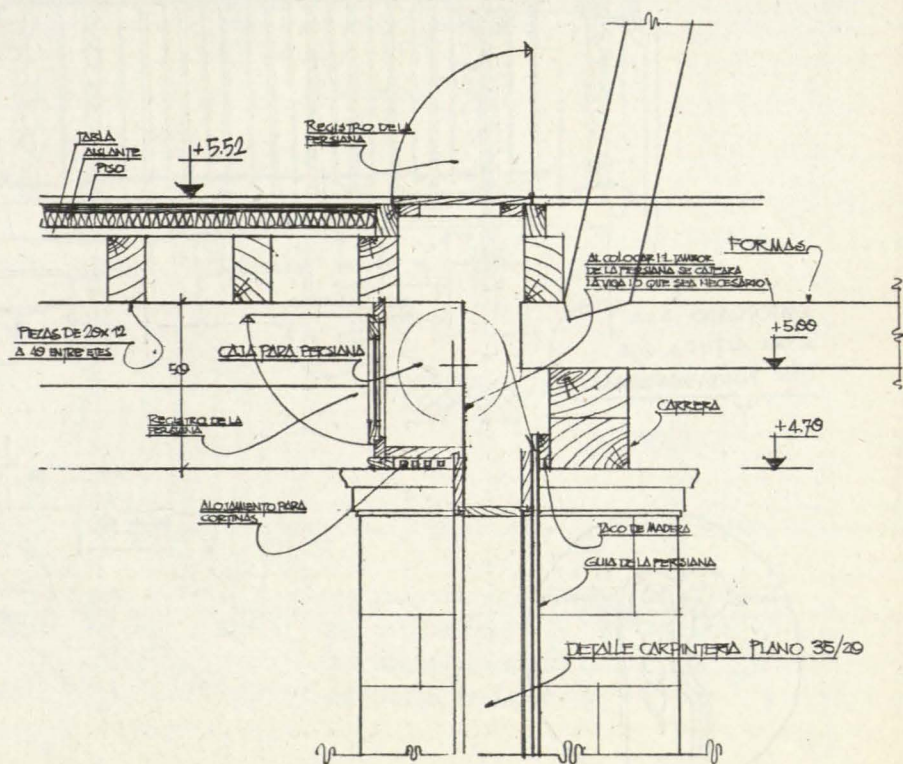
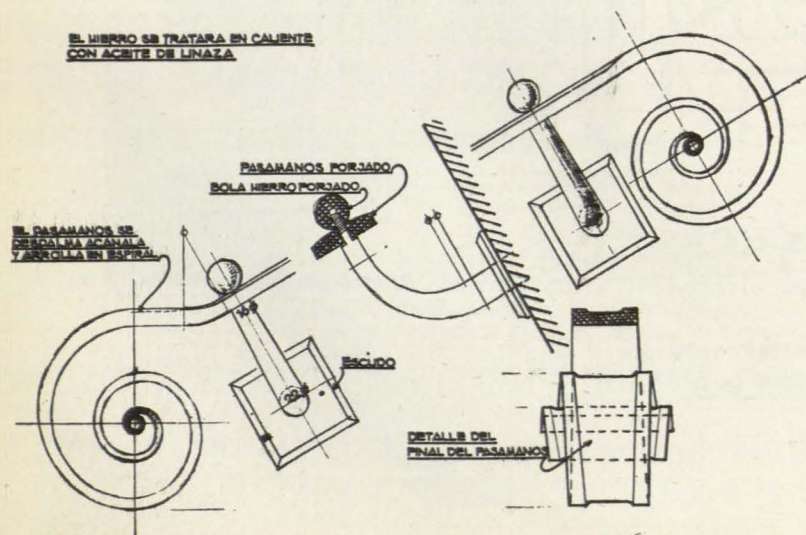
Mirador del comedor.—Orientado al Norte, está provisto de calefacción para conservar las plantas en invierno. Materiales: zócalo de granito a labra teca con puntero, ménsulas id., labra tisa entramados de madera de pino impregnada de aceite de linaza con clavijas de aliso. (No hay peor cuña que la de la misma madera.) Fábricas de ladrillo recocho (salientes, 3 cm. sobre el zócalo). Alero en madera de pino, canalones y bajantes pintados de blanco y sujetos con abrazaderas de hierro forjado.

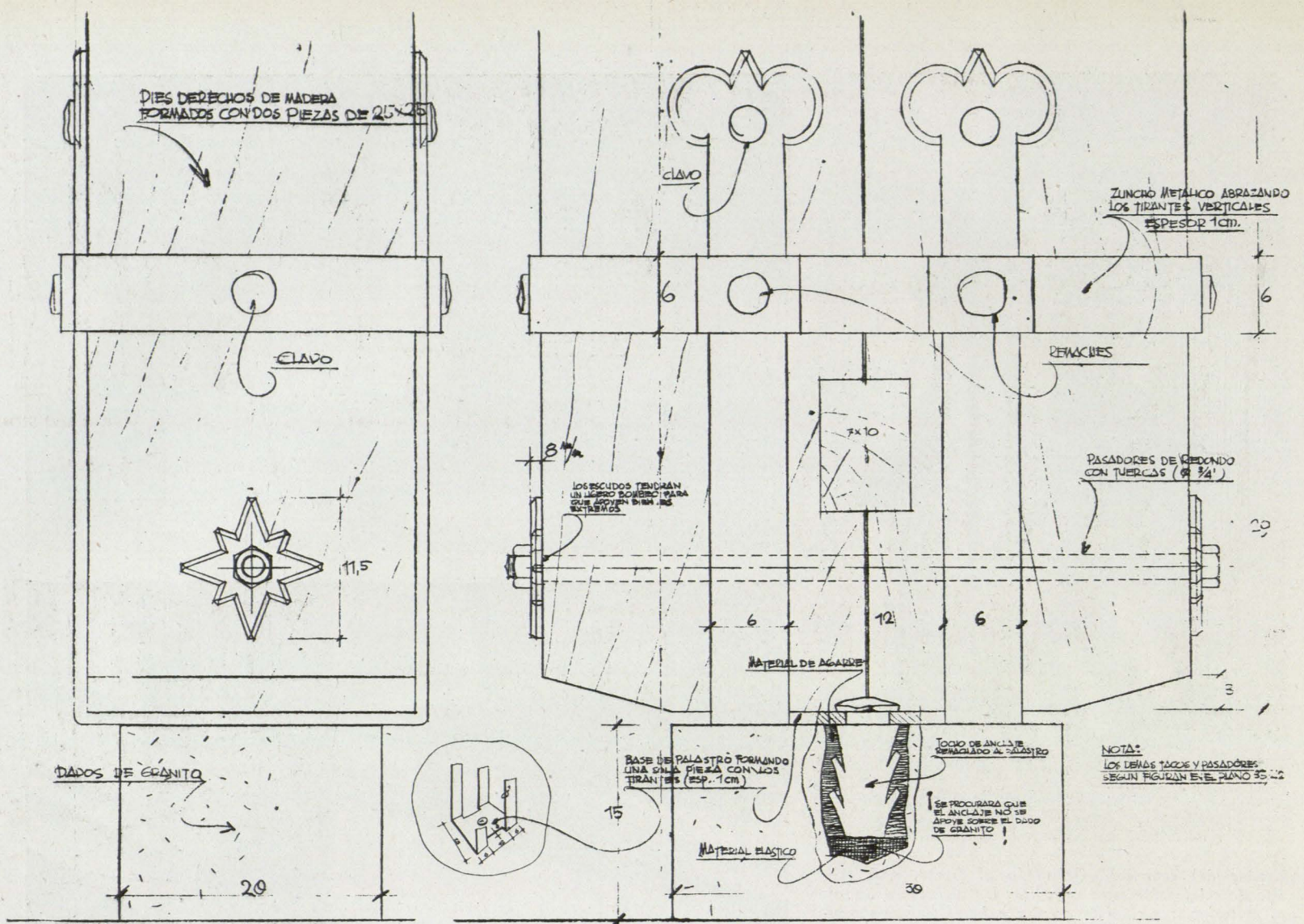
A la derecha, Detalle del entramado del comedor, en madera de pino del país. El arriostrado se ha obtenido con embarbillados ocultos cogidos por las clavijas, que se han dejado salientes para que no absorban agua por la testa y de paso arrojen sombras.

Detalle de compases de retención en las ventanas del porche comedor. Construidos en hierro forjado: al abrirse la ventana, resbalan por una horquilla, en la que enganchan automáticamente. Cerrados, ésta los mantiene en posición vertical. Carpintería de taller en madera de teca de Guinea impregnada de aceite de linaza. Detalle del pasamanos del portal, en hierro forjado.

Detalle de construcción de la cubierta del salón y porche.

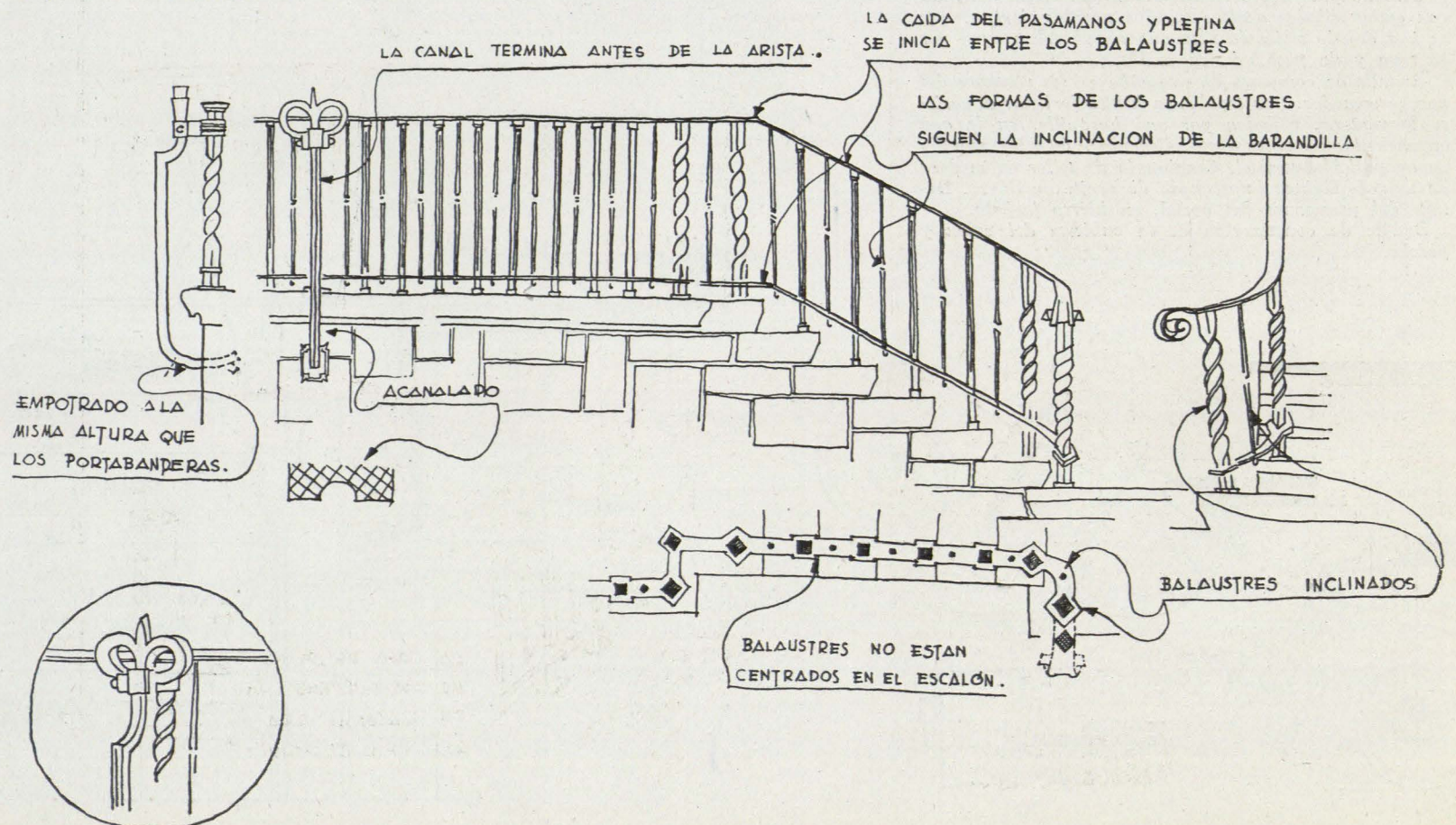
EL HIERRO SE TRATARÁ EN CALIENTE
CON ACEITE DE LINAZA

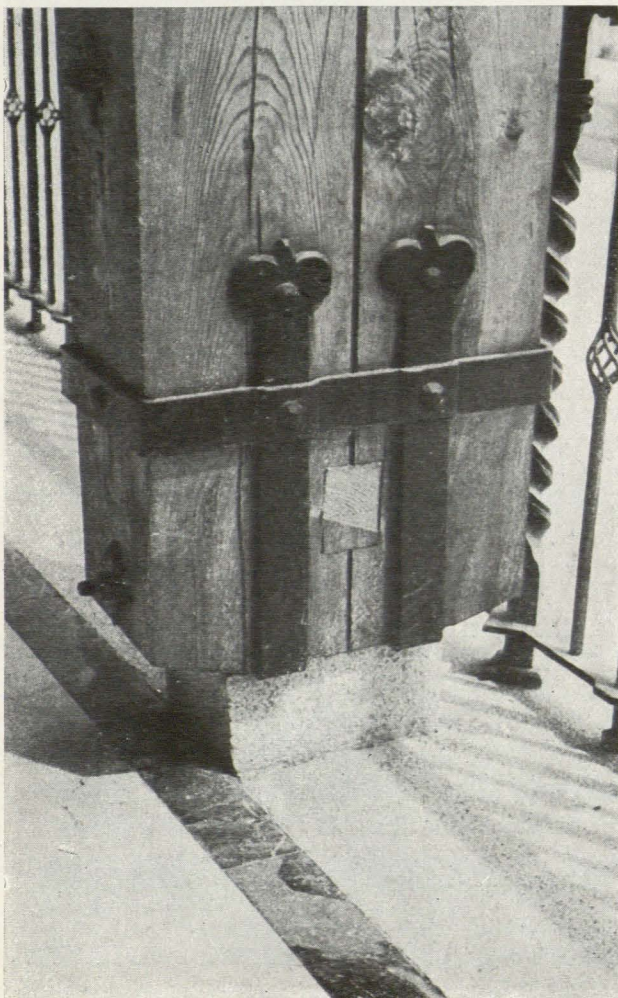
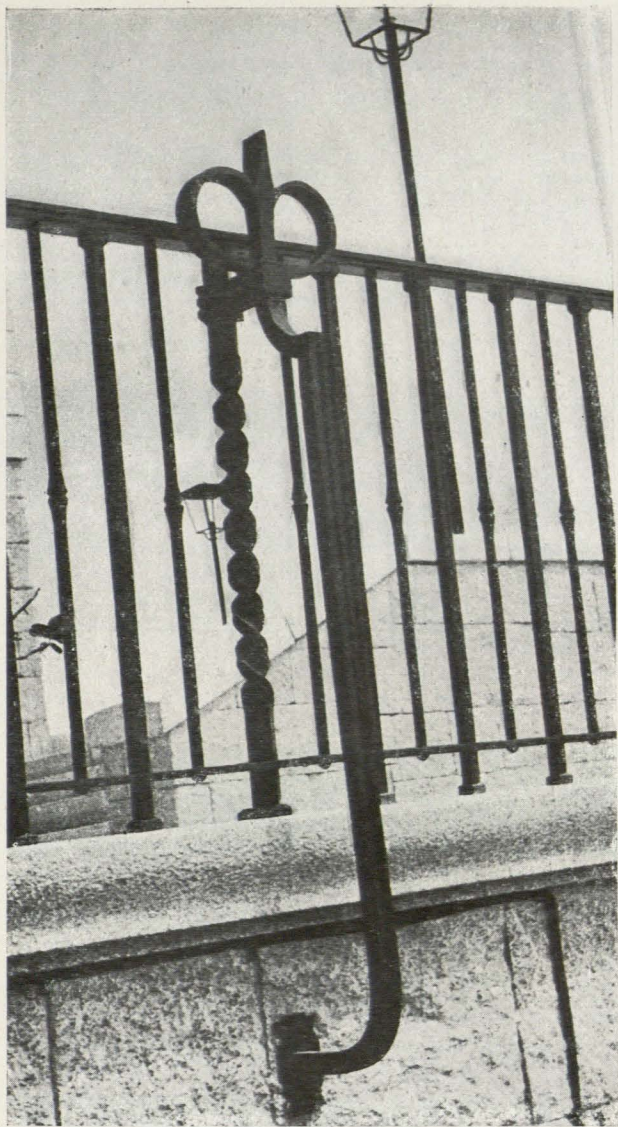




Detalles de los apoyos de pies derechos del porche principal.—La unión de la madera con la piedra se efectúa por la abrazadera de hierro forjado que figura en el detalle. El tocho de anclaje gira libremente en el dado de granito, permitiendo retorcerse libremente a los pilares de madera, de 7,50 m. de altura, lo que evita que se produzcan esfuerzos sobre las carreras que sostienen la cubierta, manteniéndolas libres de toda deformación.

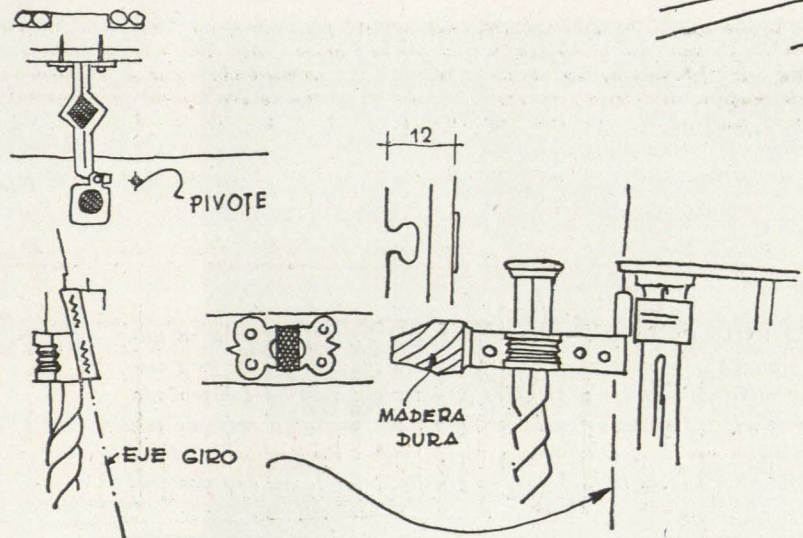
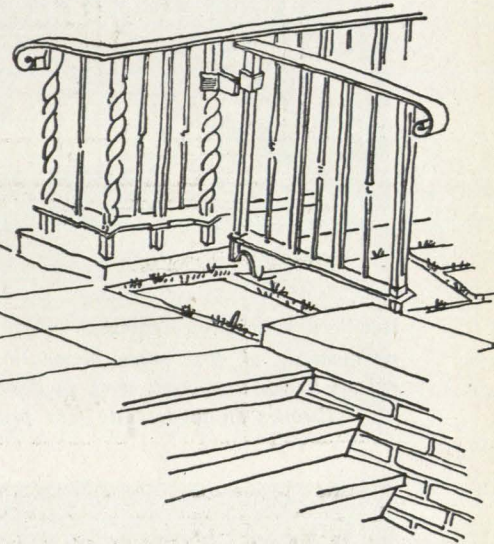
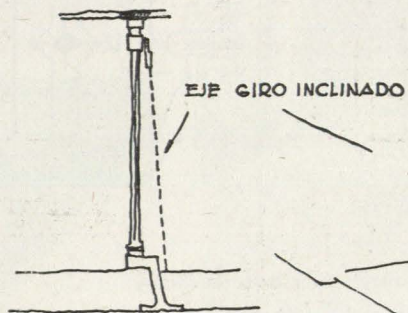
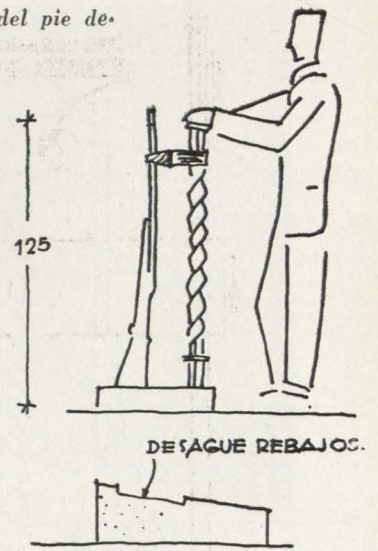
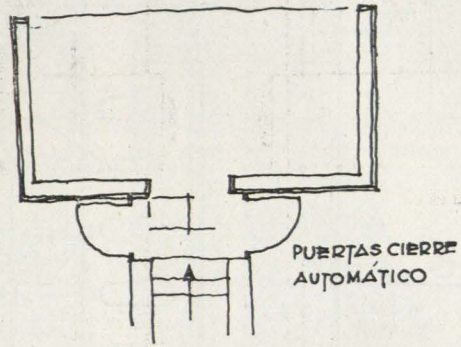
Croquis de la barandilla, de hierro forjado, de la escalera y terraza de entrada.



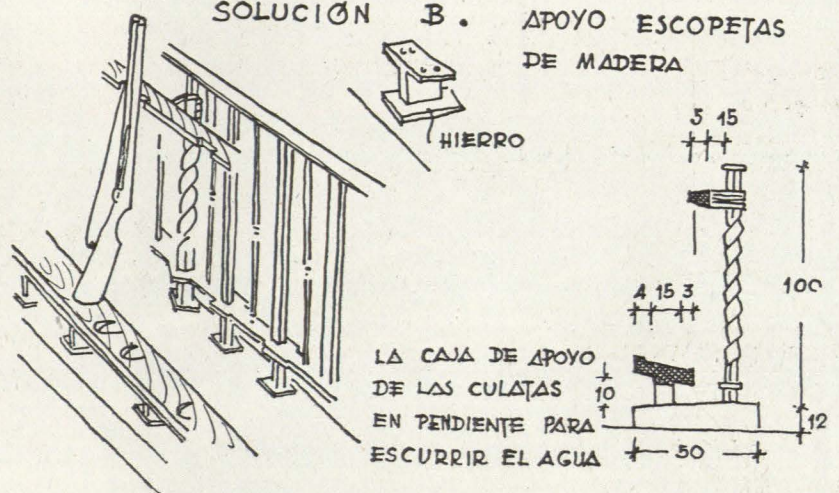


A la izquierda, arriba, detalle de barandilla. Abajo, apoyo del pie de derecho, de madera.

A la derecha, Escopeteros en el terreno del tiro de pichón.

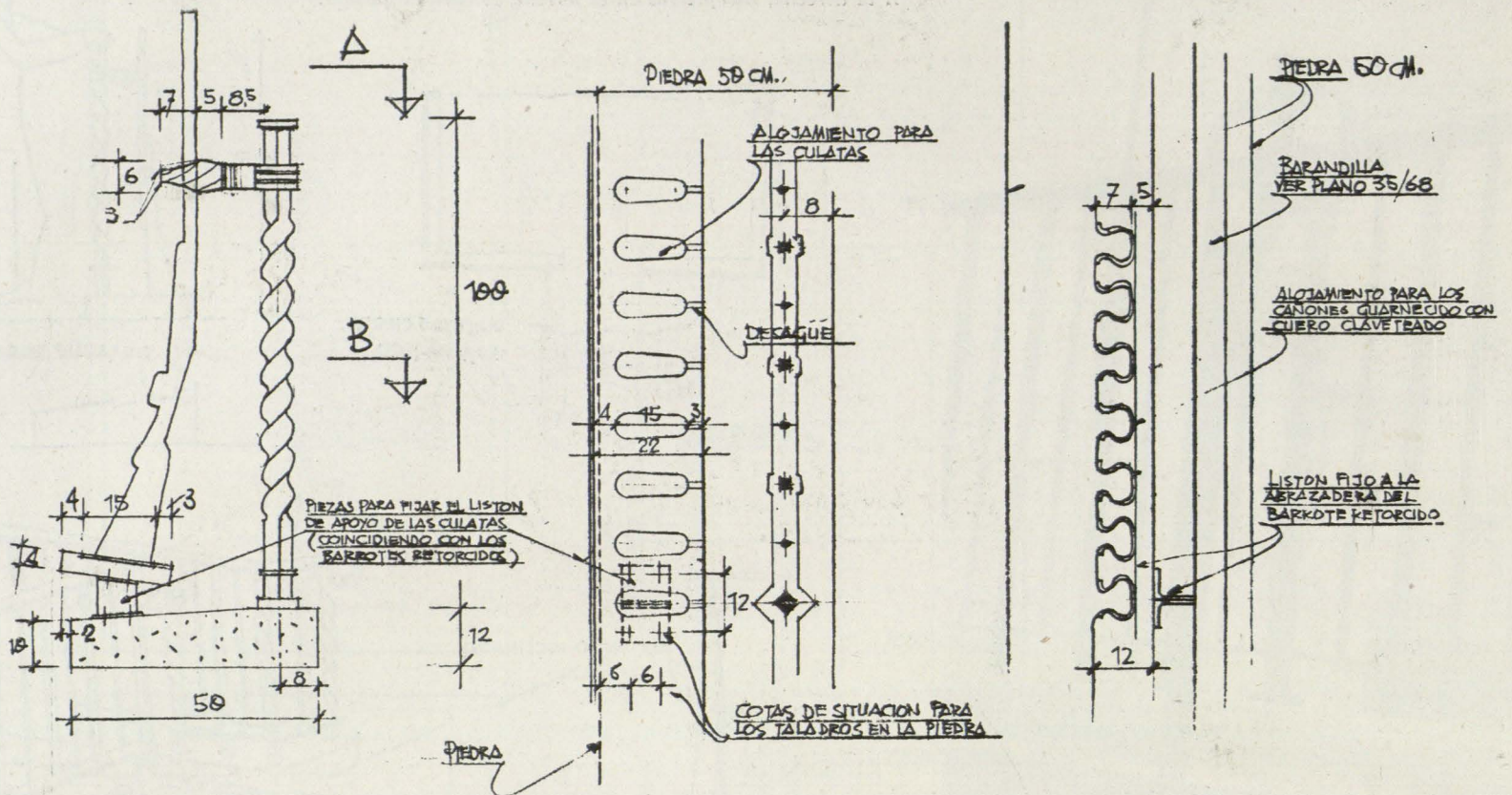


SOLUCIÓN B. APOYO ESCOPETAS DE MADERA



PLANTA POR B

SECCION DORA



Detalle del escopotero exterior.—*Para aislar la madera en caso de lluvia, va montada al aire sobre piezas de hierro forjado. Las cajas de las culatas llevan una canal para su desagüe. Barandilla de hierro forjado. listones en madera de teca protegida con aceite de linaza.*

Fuente en cabeza de colmena, con la taza labrada en una sola pieza.

